
Max Aub, conciencia del exilio *

Sebastiaan Faber
(Oberlin College)

«Siempre ... el intelectual se siente acosado e implacablemente
desafiado por el problema de la lealtad»
(Said, *Representaciones del intelectual*. Barcelona, Paidós, 1996, p. 54)

«Lo decisivo es ser fiel —aquí o allá— a aquello por lo que un día
se fue arrojado al exilio»
(A. Sánchez Vázquez, *Del exilio en México*. México, D.F., Grijalbo, 1997, p. 38)

«[L]a literatura ... es hija de la duda. La fe da otros cantos»
(M. Aub, *Diarios Alba*, p. 203)

Si, como dice Said, el problema de la lealtad es un desafío para todo intelectual, Sánchez Vázquez subraya que para el exiliado se convierte en nada menos que un imperativo vital. En realidad, sin embargo, cumplir con este imperativo es más difícil de lo que suena. Porque ¿qué significa seguir fiel a «aquello por lo que ... se fue arrojado al exilio» durante, digamos, tres o cuatro décadas? ¿Cómo ser fiel a una causa si ésta ha dejado de existir como tal? ¿Qué significa declararse leal a la República en, por ejemplo, 1965? Cabe decir que la lealtad, al mismo tiempo que constituye el imperativo vital del exilio, emerge también como su mayor *dilema moral*. Esto pocos lo comprendieron mejor que Max Aub —para quien, como bien se sabe, los problemas políticos eran problemas morales¹. De hecho, los dos argumentos que quisiera proponer en lo que sigue son que casi toda la obra del exilio de Aub

* El artículo aquí publicado procede de una ponencia leída en el Congreso Internacional *Max Aub: testigo del siglo XX*, organizado por la Biblioteca Valenciana y celebrado en Valencia del 7 y el 12 de abril de 2002.

¹ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. Manuel Aznar Soler, México, Conaculta, 2000, p. 169.



cabe leerse, precisamente, como una serie de reflexiones sobre el dilema de la lealtad; y que, al mismo tiempo, su obra constituye un intento, en gran parte logrado, por superar ese dilema.

El título del presente ensayo, por tanto, tiene un significado doble. En primer lugar, sugiero que Aub se distingue de sus compañeros exiliados por su refinada conciencia —lo que sería en inglés *awareness* o en alemán *Bewußtsein*— no sólo de lo que implica el exilio en términos éticos, sino también de los trágicos dilemas asociados con este deber moral. En segundo lugar, mantengo que gracias a esta conciencia, y a la plena asunción de lo que implica el exilio, Aub se nos presenta hoy, más que ningún otro intelectual desterrado, como la «conciencia del exilio» por antonomasia —es decir, como su juez supremo en cuestiones morales; lo que en inglés sería *conscience* y en alemán *Gewissen*.

«Traidores todos»

«Traidores todos: los republicanos, los anarquistas, los socialistas; ni qué decir tiene: los fascistas, los conservadores, los liberales; traidores todos, traidor, el mundo. Si el mundo es traidor, nadie lo es. Pero lo son: Casado, Besteiro, Mera, el padre de Lola, yo»². Esto lo piensa Vicente Dalmases, personaje principal de *Campo del moro*, el 12 de marzo de 1939 en Madrid. Pero quien lo escribe es Max Aub en 1962, exiliado en México. Superpuesta a la escena novelesca del final de la guerra se nos aparece la del autor redactándola al otro lado del Atlántico, veintitrés años después. Así, la reflexión desesperada y pesimista del joven comunista se desdobra, convirtiéndose también en la reflexión de un Max Aub que está a punto de cumplir sesenta años de edad, con un cuarto de siglo de exilio a cuestas. Pensadas por Aub en México, las palabras de Dalmases cambian de significado. Ya no se refieren a la traición política de Casado y Besteiro, ni a las traiciones amorosas de Vicente a sus dos amantes Lola y Asunción, sino a la traición como el trágico destino del destierro. Se refieren al hecho de que el exiliado está condenado, irremediabilmente, no sólo a ser traicionado sino también a traicionar.

Al leer e interpretar el ingente tapiz narrativo que es el *Laberinto mágico*, es importante tener en cuenta esta dialéctica entre el momento y las circunstancias de la acción narrativa y los de su redacción —momentos y circunstancias que, desde luego, se encuentran separados por un abismo cada vez mayor. Así como el ángel de la historia descrito por Walter Benjamin, Aub contempla el pasado alejándose de él con velocidad vertiginosa³. La dialéctica entre acción y redacción corre por debajo

² M. Aub, *Campo del moro*, Madrid, Alfaguara, 1998, pp. 313-14.

³ W. Benjamin, *Illuminations*, pp. 257-58.

todo el *Laberinto*⁴, aunque no es hasta su final, en las famosas «páginas azules» de *Campo de los almendros*, que se hace explícita. Es allí donde Aub interrumpe su narrativa para introducirse a sí mismo como un autor envejecido en el exilio, un personaje algo trágico y frustrado que se reconoce no sólo impotente ante la tarea que se ha impuesto —contar la tragedia de la guerra y, en particular «dar cuenta de lo que pensaron los metidos en el laberinto del puerto de Alicante»— sino también incapaz de convertir su crónica caótica de la guerra en «una novela verdadera»⁵. En el momento en que el autor se dispone a despedirse para siempre de los personajes que convivieron con él durante los largos años del destierro, le roe la duda: no está seguro si sus «miles de páginas y de personas» han servido para algo (560).

Pocos como Aub han sabido retratar al exiliado como una figura trágicamente anacrónica, enquistada en el pasado, sin ojos para su entorno y desinteresada en el correr del mundo desde el momento en que dejó su país. Recordemos a los pobres intelectuales españoles de «La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco», ignorantes del odio que les tenían sus anfitriones, o al impresor Julián Calvo, «valenciano y comunista» que a los quince años en México «seguía siendo ambas cosas»⁶. A primera vista, el estereotipo del exiliado con el «reloj parado» parece también aplicarse al propio Aub. Cuando en 1949 su amigo Francisco Ayala hace un llamamiento en *Cuadernos Americanos* para que los escritores republicanos desterrados se dejen de «nostálgicos ejercicios», afronten su obra literaria «desde el estricto presente» y se pongan a «elaborar literariamente las inmediatas cosas que la realidad en cuyo centro nos hallamos instalados ofrece a nuestros ojos»⁷, Aub parece ignorar el consejo aferrándose, como un perro a su hueso, a la Guerra Civil, que se convertirá en el tema casi exclusivo de su quehacer narrativo.

En realidad, sin embargo, Aub nada tiene de anacrónico. Su reloj nunca dejó de funcionar a la perfección. Basta una revisión superficial de su obra, sobre todo de su teatro, para comprender que hubo pocos exiliados más interesados en la actualidad, más pendientes de los acontecimientos políticos y sociales de su tiempo. Aub fue un auténtico «testigo del siglo XX»⁸. Lo demuestran sus obras más

⁴ No es infrecuente, por ejemplo, que los diálogos entre los personajes coincidan con los apuntes de los diarios de Aub, como veremos más adelante a propósito de las posiciones políticas de Julián Templado, Paco Ferrís y Vicente Farnals.

⁵ M. Aub, *Campo de los almendros*, ed. F. Caudet, Madrid, Castalia, 2000, p. 563.

⁶ M. Aub, *Enero sin nombre. Los relatos del Laberinto Mágico*, Barcelona, Alba, 1995, pp. 413, 429.

⁷ F. Ayala, «Para quién escribimos nosotros», *Cuadernos Americanos*, vol. 43, no.1 (1949), pp. 54-55.

⁸ «Nadie más hombre de su tiempo, de su día, de cada día, que Max Aub», escribe M. Tuñón de Lara (Prólogo a M. Aub, *Novelas escogidas*, México, Aguilar, 1970, p. 33).

obviamente «actuales» como *Las vueltas*, *No*, *El cerco* o *Imposible Sinaí*. El mismo apasionado interés por el mundo actual lo encontramos en sus diarios, donde nunca deja de señalar y comentar las noticias españolas e internacionales del momento. Lo que aquí propongo, sin embargo, es que incluso los volúmenes del *Laberinto mágico* caben leerse como algo más que simples crónicas de guerra. Además de ser novelas históricas, los seis *Campos* constituyen lúcidos comentarios sobre las difíciles circunstancias de su redacción —es decir, sobre la misma condición del exilio.

Volvamos un momento a Vicente Dalmases en Madrid y su aseveración de que son «[t]raidores todos». En la trayectoria psicológica del personaje, este monólogo interior refleja un momento de desaliento, de desconfianza y decepción ante la actuación de todos los españoles: de los amigos, de los enemigos e incluso de sí mismo. Ahora bien, en la trayectoria de Aub la redacción de *Campo del moro* también se realiza durante un período caracterizado por una intensificación de la vacilación y del desengaño. A principios de los años 60, se agudiza en Aub la duda con respecto a la lealtad a «la causa» —no sólo la lealtad de sus compañeros exiliados, sino también la suya propia. De sus diarios se desprende que Aub se vuelve cada vez más pesimista. Aunque sigue aferrándose a la postura liberal que él mismo reconoce como «decimonónica», basada en valores humanos fundamentales como la decencia y la libertad, reconoce que, en el mundo de la guerra fría, esta actitud se encuentra cada vez más fuera de lugar⁹. Cuando Luque, el *alter ego* de Aub en el cuento «Librada» (1948), intenta explicar su posición política ante el comunista Morales, éste le escupe: «Eres un místico, y lo que es peor: un místico liberal»¹⁰. En su diario, Aub anota en 1952: «[M]e reafirmo en mí mismo, aun a pesar de pasar ante los ojos de los conocedores —¿quiénes?— como un liberalote del siglo pasado»¹¹.

Pero el mantenerse fiel a una serie de valores «pasados de moda», ¿realmente puede considerarse una forma de lealtad? ¿No es también, en otro sentido, una especie de traición? ¿Cuál es la relación entre, por un lado, la constancia moral que suele asociarse con la lealtad, y por otro, los cambios de opinión o de estrategia impuestos por el curso de la historia? Como se pregunta el ugetista González Moreno en *Campo del moro*: «¿Es traicionar mantener sus ideas cuando están en contra de la situación creada por estas mismas ideas?» (74).

No es casual, pues, que los dilemas de la lealtad y de la traición constituyan el tema predominante de *Campo del moro* y *Campo de los almendros*, ambos

⁹ «Ser liberal en este mundo de hoy es algo así como empeñarse en hablar latín en un almacén de novedades de capital norteamericano» (*Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 142). Cf. F. Caudet, Introducción a *Campo de los almendros*, Madrid, Castalia, 2000, p. 94.

¹⁰ M. Aub, *Enero sin nombre*, ed. cit., p. 368.

¹¹ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 211.



escritos o terminados en los años 60, y que en un momento Aub pensaba reunir en un mismo volumen titulado precisamente *Los traidores*¹². Aub se daba perfecta cuenta de que la lealtad es el imperativo mayor del exiliado, que constituye el motivo principal de su salida, y que, una vez desterrado, se convierte en su razón de ser. Pero, como hemos señalado, no le escapaba tampoco que al mismo tiempo constituía su mayor dilema. Porque, ¿qué significa mantenerse leal? ¿Leal a qué? ¿A la «causa» perdida? ¿A sí mismo? ¿A sus ideas políticas? ¿A su país? ¿Al país anfitrión? ¿A su Partido? ¿A sus amigos? ¿A su familia? ¿Y qué hacer cuando todos estos posibles objetos de la lealtad se modifican con el paso del tiempo, o incluso desaparecen por completo? Es fácil declararse —y creerse— leal al principio del destierro. Pero, ¿al cabo de un cuarto de siglo?

Tampoco hay que olvidar que, aunque el propio exiliado considera la salida de su país como un sacrificio, un acto supremo de lealtad, no es de ningún modo evidente que lo sea. Nada más fácil para los que se quedan —amigos o enemigos— que interpretar la salida como un abandono, un acto cobarde de deserción. Y si es relativamente sencillo desmentir esta interpretación en los primeros momentos difíciles del exilio, ya no lo es tanto después de varias décadas, sobre todo si el destierro ha resultado, a pesar de todo, relativamente cómodo.

En *Tránsito*, por ejemplo, obra en un acto escrito en 1944 y situada en México tres años después, el exiliado republicano Emilio se enfrenta con sus propias dudas, encarnadas en una aparición nocturna de Cruz, su esposa, que sigue en España con sus hijos:

Cruz.—[Tus hijos t]e quieren.

Emilio.—Pero están resentidos. Me echan en cara el que tuviera que huir, que abandonaros, como si fuera un ladrón. Como si fuese un extranjero.

Cruz.—Todo eso son figuraciones tuyas.

Emilio.—Entonces, ¿por qué no me escriben más a menudo? (834)

La simbología de los nombres es obvia. La aparición de Cruz representa para Emilio, en efecto, la «cruz» del exilio: un complejo de culpa. Emilio se siente culpable no sólo ante su esposa, a la que engaña con *Tránsito* —una amante mexicana que, a pesar de su nombre, resultará tan definitiva como el propio destierro— sino ante sus hijos, que teme se sientan abandonados por él. Este sentimiento de culpa no deja de ser lógico. No hay que olvidar que todo exilio, por más duro que sea, también supone una forma de liberación —algo similar a lo que muchos sintieron al estallar la guerra— en la medida que reduce o disuelve las obligaciones y limitaciones propias de una existencia normal «en sociedad». Como

¹² F. Caudet, ed. cit., p. 61.

dice Aub en *La gallina ciega*: «El exilio —el voluntario sobre todo— es magnífico. Eres dueño de ti mismo y si te quieres meter con el gobierno o con los amigos que se quedaron allí, tienes menos perjuicio y más espacio» (*Gallina*, 125-26). Y es fácil que esta sensación de emancipación que siente el exiliado, que no por involuntaria es menos fuerte, se convierta, andando el tiempo, en un cargo de conciencia. Cuando el personaje aubiano Rodrigo Muñoz, escritor exiliado que aparece en la última de *Las vueltas*, regresa a Madrid en 1964, una vieja amiga le echa en la cara que una vez salido del país se olvidara de ella: «Tú regresas ahora. No sabrás nunca lo que fue esto, de 1940 a 1950. Las cárceles llenas. El miedo. El hambre. ... Metida en una poza, sin que nadie se acordara, ni quisiera acordarse, de mí. Vosotros, fuera; en diez años, nadie me envió ni un saludo. ... Cuatro cartas tuyas —que no lo eran— en veinte años»¹³. De la misma manera, al volver en 1969, Aub se ve forzado a reconocer que sus compañeros que no salieron al destierro lo pasaron bastante peor que los exiliados, a los que incluso envidiaban¹⁴.

En el caso de Emilio, la culpa engendra la duda, que erosiona a su vez la solidez de su posición moral. «Nuestro mundo se desgajó. Pero retoñará», le dice a su esposa; pero cuando ésta le pregunta si está seguro de ello, tiene que contestar que no:

Cruz.—¿Ni siquiera conservas la firmeza de tus convicciones?
Emilio.—A estas horas, en esta soledad, se tambalean. Ante el pasado siento vértigo y me mareo. ¿Valía la pena tanta muerte, tanta distancia?
...
Cruz.—¿Te sabe mal lo que hiciste?
Emilio.—¡Cualquiera sabe!
Cruz.—Contesta.
Emilio.—Creo estar en lo justo.
Cruz.—¿Lo crees nada más?
Emilio.—¿Te parece poco?¹⁵

Sin embargo, cuando un amigo, Alfredo, le confiesa que está preparando la vuelta a España, Emilio esconde sus propias dudas bajo una reacción indignada y una seguridad fingida:

Emilio.—¿Vas a claudicar, porque sí, después de pasar lo que pasaste?

¹³ M. Aub, *Teatro Completo*, México, Aguilar, 1968, p. 991.

¹⁴ M. Aub, *La gallina ciega*, *Diario español*, ed. Manuel Aznar Soler, Barcelona, Alba, 1995, pp. 227-29.

¹⁵ M. Aub, *Teatro completo*, ed. cit., p. 835.



Alfredo.—Llega un momento en el que ya no se sabe qué pensar, en el que ya no se puede más.

Emilio.—Esos son cuentos. Mañana cambiarán las cosas.

Alfredo.—¿Tú crees?

Emilio.—Estoy seguro.

«Me daría vergüenza pensar así», le dice Emilio no sin hipocresía a su amigo, apelando a su responsabilidad comunal ante sus compañeros desterrados: «¿Que las cosas van mal? Pues aguantarse y procurar que vengan mejor. Pero ¿entregarse, declararse vencido? No eres tú, no estás solo. Tu deserción envuelve la del que te seguiría. No eres tú, sino lo que representas ... Te entregas. Reconoces la victoria del adversario» (837). Sin embargo, cuando Alfredo reconoce sus muchas vacilaciones, admitiendo la posibilidad de que, después de todo, cambie de idea y acabe por quedarse, Emilio confiesa por qué le ha asustado tanto la posible deserción de su amigo: le confirma en el temor de que él mismo pueda sucumbir a la tentación de volver:

Emilio.—Es un juego sucio para contigo mismo, para con nosotros. Si te vas hoy, otro lo hará mañana. Yo tal vez.

Alfredo.—¿Tú? ¡Vamos!

Emilio.—¿Quién lo sabe? Sobre todo si veo desertar compañeros como tú.
(838)

Así, la lealtad absoluta a la causa que los exiliados creen y quieren mantener inamovible se erosiona sin remedio con el paso del tiempo, a veces para dejar de serlo por completo. En sus cuentos y obras teatrales sobre el exilio, Aub registra este proceso con una precisión despiadada. También lo hace en sus diarios, donde suele adoptar la postura indignada de Emilio, manifestando su decepción ante lo que ve como las muchas y continuas traiciones y claudicaciones de sus compañeros¹⁶. En varias ocasiones hasta da por muerta la causa del exilio. «La emigración, como tal, está liquidada», escribe en 1954, después de haber criticado la actitud olvidadiza de los exiliados en un discurso pronunciado en un banquete para celebrar el setenta cumpleaños de León Felipe¹⁷. Otras veces, admite que la emigración ya está irremediabilmente «agachupinada»¹⁸. Cuando, diez años más tarde, León Felipe le

¹⁶ Dice F. Caudet sobre M. Aub: «Su persona, como su obra, se caracterizan por la integridad. Si bien la época en que le tocó vivir estuvo marcada por el idealismo que a él le caracterizó, hubo también entregas y traiciones que juzgó, precisamente por su rígido código moral, en términos de radical intransigencia» (*op. cit.*, p. 9).

¹⁷ M. Aub, *Diarios 1939-1972*, ed. Manuel Aznar Soler, Barcelona, Alba, 1998, p. 238.

¹⁸ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 164.

confiesa, así como lo hiciera Alfredo a Emilio, que piensa volver a España, Aub ya ni siquiera se indigna, sino que reacciona con triste resignación: «[P]or lo que ha representado su poesía en la emigración, su retorno señala el fin de la misma. ... Está bien; el que no volviera haría que el destierro no hubiera tenido final, disolviéndose en el resto de la tierra. Cierra un ciclo. Duele, pero es así»¹⁹.

En sus cuentos y diarios, Aub suele representar el exilio mexicano como un lecho mullido en que los españoles —cómodamente instalados, aburguesados— se dejan vencer por la pasividad y la modorra, por más que sigan creyéndose fieles a la causa²⁰. Los únicos que se resisten a esta decadencia moral son los comunistas. Pero éstos, en opinión de Aub, también traicionan «aquello por lo que fueron arrojados al exilio», aunque lo hacen de manera diferente, sacrificando los valores de la decencia, la honestidad y, sobre todo, de la amistad, en aras de su absoluta lealtad al Partido. Para Aub, es deplorable que sus amigos comunistas lo dejen de saludar porque él se reserve el derecho de una opinión crítica e independiente: «¿Cabe la amistad sin lealtad? Y la lealtad, ¿no empieza con uno mismo? Si yo defiendo mi verdad, sin sombra de conveniencias ..., ¿es justo que rehuyas saludarme?»²¹.

Estas diferentes traiciones las registra Aub en sus diarios con tristeza pero sin piedad²². Desaprueba de ellas desde una posición de superioridad ética, contraponiendo a las recaídas, vueltas y revueltas de los demás su propia constancia moral. «[M]e reafirmo en mí mismo», escribe; «Yo soy el que fui y el que pienso

¹⁹ M. Aub, *Diarios 1939-1972*, ed. cit., p. 353.

²⁰ «La mujer de A. Prats y él mismo, tan cambiados. Ahora gana dinero, tiene coche, no piensa regresar a España, va a mandar a su hija mayor con las monjas... / El Alardo Prats de su juventud. ¡Dios!» (*Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 197).

²¹ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 217. «¿Pero qué es para vosotros la amistad? Nada desde luego parecido a lo que fue para cuantos hablaron mejor de ella. ... / Como es de suponer, no éramos Orestes y Píldes, pero sí creía que existía entre nosotros ese noble entendimiento que lleva cuanto menos a intentar comprender los motivos que pueda tener otro ser humano para producirse como lo tenga a bien y, no estando de acuerdo, discutir de ello con buenos modos. En la inteligencia de que, si no llegan a entendimiento, poco o nada ha de verse afectada la amistad que los une. En las divergencias se forja ese sentimiento» (*Ibid.*, pp. 194-195); «Carta a un comunista que hizo lo posible por no saludarme en el entierro de don Enrique González Martínez. / Mi querido amigo, / Te vi, me viste e hiciste que no me veas ... / Lo siento, porque te tenía, te tengo, por mi amigo. Y, ¿qué es un amigo? Por lo visto existe un concepto comunista de la amistad que no admite la divergencia de ideas. Es una lástima. Porque sabes que creo que lo más probable es que, en un tiempo más o menos lejano, los comunistas regirán el mundo y me sabe muy mal que con ellos venga a imponerse este nuevo concepto de la amistad, ese afecto desinteresado que, por lo visto —y no visto en esta ocasión— sí es, en vosotros, interesado, con lo que, sencillamente, deja de existir» (*Ibid.*, p. 213).

²² Aunque, eso sí, se cuida bastante de no manifestar su decepción en público: «no quiero hablar mal de ningún español mientras estemos “fuera”» (*Diarios 1939-1972*, ed. cit., p. 224).



seguir siendo»; «Yo estoy donde estuve»²³. Pero, al igual que su personaje Emilio, en realidad esta confianza en la propia lealtad es menos fuerte de lo que parece. A medida que avanza el tiempo, también al propio Aub le empieza a roer la duda. Y aunque las vacilaciones con respecto a la propia postura quizá sean menos evidentes en los diarios, se manifiestan con tanta más claridad en los infinitos diálogos y reflexiones sobre el tema que encontramos en su obra narrativa y teatral. Es allí donde el mandato moral de la lealtad, tan crucial para el exilio, surge como un deber imposible.

La lealtad, la fidelidad, el compromiso y la obligación

En dos lúcidos ensayos sobre el tema, la politóloga norteamericana Judith Shklar arguye que no hay nada como el exilio para ayudarnos a comprender los fenómenos de la lealtad y la traición, ya que es en el destierro donde los conflictos de lealtad se hacen más explícitos y agudos. Arguye Shklar que es importante distinguir claramente entre cuatro nociones diferentes: la obligación (*obligation*), el compromiso (*commitment*), la lealtad (*loyalty*), la fidelidad (*fidelity*). Vale la pena detenernos un momento en estas distinciones, porque nos permitirán no sólo comprender mejor las reflexiones de Aub sobre el tema, sino determinar cómo Aub se distingue de sus compañeros exiliados para convertirse en una auténtica «conciencia del exilio».

Según Shklar, la *obligación* se refiere al deber del ciudadano de obedecer las leyes de la sociedad en que vive. Esta obligación de respetar las reglas públicas es parte inextricable de la propia ciudadanía, y constituye la contrapartida de los derechos que esa ciudadanía también confiere. El *compromiso*, en cambio, denota una obligación elegida conscientemente; constituye la promesa, asumida de forma voluntaria, de realizar alguna acción futura. Los compromisos políticos, escribe Shklar, «suelen implicar la intención de apoyar a un partido o agente político, una causa pública o una ideología política»²⁴. La *lealtad* propiamente dicha es un fenómeno mucho más afectivo y emocional y, por tanto, menos racional. Para Shklar, la lealtad se define como el apego de un individuo al grupo o a la comunidad de la que es considerado miembro, aunque no necesariamente se trata de una pertenencia elegida —más bien al contrario. «La lealtad», escribe, «la evocan las

²³ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., pp. 211, 216, 226. «Hace muchos años que escribí que mi razón de ser era la amistad, el arte y la justicia. ... En ésas sigo» (*Ibid.*, p. 194). «No que no haya cambiado —no soy de piedra y sobran espejos—, pero no creo que mis mudanzas vayan más allá de la sazón del vivir y de las canas de la experiencia» (M. Aub, *Hablo como hombre*, México, D.F., Joaquín Mortiz, 1967, p. 9).

²⁴ J. Shklar, «Obligation, Loyalty, Exile», en S. Hoffmann (ed.), *Political Thought and Political Thinkers*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, p. 41.

naciones, los grupos étnicos, las iglesias, los partidos políticos, además de las doctrinas, las causas, las ideologías, o las fes que forman e identifican a las asociaciones»²⁵. Si la lealtad ata al individuo a una comunidad determinada, la *fidelidad*, finalmente, lo ata a otro individuo. Se es fiel a los amigos, los esposos o los amantes. Así como el compromiso, pues, la fidelidad implica una elección consciente y voluntaria.

De todas estas ataduras, la lealtad es sin duda la más duradera. Las obligaciones legales pueden cancelarse; es normal que los compromisos se modifiquen con el tiempo; y el acuerdo interpersonal que subyace a la fidelidad entre amigos o queridos puede darse por terminado cuando las personas implicadas dejan de apreciarse o quererse —es el tipo de ruptura formalizado en el divorcio. La lealtad, sin embargo, al ser la más duradera, también es la atadura sobre la cual menos influencia ejercemos. En la mayoría de los casos, las lealtades nos son simplemente impuestas. Como dice Shklar:

Muchas veces no hay elección ninguna con respecto a nuestra pertenencia a un grupo determinado. La mayoría de estas pertenencias se contraen al nacer. No se elige ser negro, no se elige enteramente ser judío, y ciertamente no se elige a los padres. Si se puede elegir o no la nacionalidad es una pregunta muy condicional y compleja; pero de la raza de uno no hay escape²⁶.

Ahora bien, esto tiene una consecuencia importante: «tiene uno la elección de ser leal o desleal a estos grupos, pero no se puede elegir no ser ninguna de las dos cosas»²⁷. En otras palabras: las lealtades puede uno respetarlas o traicionarlas, pero nunca ignorarlas. Quien pretende hacer caso omiso de los lazos de lealtad que le atan a una colectividad determinada, será acusado de traidor por los que siguen respetándolos.

Frente a la sutilidad de estas cuatro distinciones, el concepto de la *traición* se yergue como el anverso absoluto de todas. Otro aspecto importante que tienen en común estas cuatro diferentes formas de atadura social es, según Shklar, que «todas invitan al conflicto»²⁸. Las posibilidades en ese sentido son en verdad infinitas; no sólo hay posibles conflictos entre las obligaciones, compromisos, fidelidades y lealtades, sino que también es fácil, por ejemplo, que dos fidelidades sean incompatibles entre sí. Y si estos conflictos se presentan en toda existencia humana,

²⁵ *Ibid.*

²⁶ *Op. cit.*, p. 42.

²⁷ *Ibid.*

²⁸ *Op. cit.*, p. 43.



son también, por la misma razón, el ingrediente principal de la literatura —sobre todo de la tragedia²⁹.

Ni que decir tiene que el exilio —experiencia trágica por excelencia— suele resaltar e intensificar estos conflictos. «Los exiliados no pueden hacer lo que hace la mayoría», dice Shklar; no pueden «asumir sus obligaciones y lealtades políticas como simples hábitos. Desplazados y desarraigados, tienen que hacer decisiones sobre el tipo de vida que van a llevar a partir de ahora. Como agentes políticos, tienen al menos que pensar sobre estas decisiones y poner orden en sus varios e incompatibles deberes y ataduras políticos»³⁰. Según Shklar, lo que menos pesa en el destierro es la obligación, el deber de obedecer la ley. Para los exiliados que son expulsados por un régimen tiránico, se cancelan las obligaciones ante el Estado que éste representa. Al perseguirles o echarles, su propio Estado les traiciona; y, roto el contrato social, las víctimas quedan absueltas de hacerle caso. No por eso, sin embargo, se les facilita la vida. No sólo porque hay nuevas leyes que respetar —las del Estado anfitrión— sino por las lealtades, compromisos y fidelidades que se llevan consigo al destierro, y los nuevos que contraen allí.

La obra *Tránsito*, ya mencionada, lo ilustra bien. No cabe duda de que Emilio decidió seguir fiel a la causa republicana; pero aun así las tensiones entre la lealtad, el compromiso y la fidelidad le complican la vida hasta hacerla insoportable. Conforme con lo que indica Shklar, su obligación legal al Estado español es lo de menos; la considera cancelada sin más. Sin embargo, su lealtad nacional —su apego afectivo a España— sigue fuerte, como también su compromiso político con la causa. Al mismo tiempo, esta lealtad y este compromiso entran en conflicto con la fidelidad a la esposa y los hijos, que a su vez resulta incompatible con la fidelidad a la amante mexicana. Si se entregara por completo a *Tránsito*, Emilio traicionaría a la familia pero también a la causa política, en la medida en que *Tránsito* representa una vida nueva en México. Al negarse a ver su relación con la amante como definitiva, sin embargo, traiciona la fidelidad amorosa que ella le tiene. De forma similar, su decisión de no volver a la España franquista significa que mantiene su compromiso con la causa, pero también que traiciona la fidelidad de los hijos. Emilio, pues, está preso en un laberinto moral. Algo parecido le ocurre a Alfredo, cuyo apego a España le empuja a traicionar el compromiso político —y, así, la fidelidad a los compañeros desterrados que cuentan con él. Pero la peor traición es a sí mismo: en el fondo, vende su honor por un miserable plato de sopa: «Daría cualquier cosa por estar otra vez en mi pueblo, dar una vuelta por los portales... Tomar un gazpacho en casa de Juanón»³¹.

²⁹ *Ibid.*

³⁰ *Op. cit.*, pp. 57-58.

³¹ M. Aub, *Teatro completo*, ed. cit., p. 837.



Tránsito se sitúa en los años 40, la época del exilio en que regresar a la España de Franco era lo peor que se podía hacer. Sólo el concebirlo ya constituía un acto inmoral, una de las mayores traiciones pensables³². Pero además a los exiliados les tentaban multitud de otras traiciones menores. Pobre del que *dejaba* de pensar en el regreso, por ejemplo, habiéndose adaptado en exceso a la cultura anfitriona. Los republicanos habían abandonado España por su lealtad a la patria y por su compromiso con la causa republicana; lo que les prohibió volver, por tanto, era también una consideración moral, una noción de decencia³³. Así, la salida del país se asociaba con una noción de *pureza* moral y política que, una vez desterrado, debía mantenerse inmaculada. Como consecuencia, el exiliado se veía ante el extraño deber de observar una constancia ética, ideológica, cultural e incluso lingüística que, en circunstancias normales, nunca se exigiría a nadie (y que tampoco se exigía a los españoles que se quedaron en España). Así, el exilio terminó convirtiéndose en una especie de camisa de fuerza moral, con un código de conducta —una etiqueta— estrictamente regulada³⁴. Pocos lo comprendieron mejor que Paulino Masip, cuyas *Cartas a un español emigrado* (1939) pretenden, precisamente, delinear esa etiqueta del exilio³⁵.

Claro está que la lealtad, la fidelidad, el compromiso y la obligación siempre se asocian con la constancia y la pureza. Son acuerdos sociales que, en un sentido antropológico, constituyen una red de seguridad social; representan un elemento de continuidad ante las veleidades de la historia; algo y alguien con que contar cuando las cosas van mal. Aun así, sin embargo, la constancia asociada con estas diferentes formas de lealtad es una constancia dinámica, cuya relación con el paso del tiempo es, por así decir, orgánica —tan orgánica como la relación entre el individuo y la comunidad a la que pertenece y en la cual participa. A nadie se le ocurriría considerar como una traición el hecho de que las lealtades se adapten de forma natural a la evolución de las circunstancias.

Ahora bien, lo que se rompe con el exilio son precisamente esas relaciones orgánicas entre individuo y comunidad, y entre las lealtades y el paso del tiempo. El gran drama del exilio es que se cortan los lazos *físicos* entre individuo y comunidad,

³² A. Sánchez Vázquez, *Del exilio en México: recuerdos y reflexiones*, 2ª ed., México, D.F., Grijalbo, 1997, p. 224.

³³ «Es curioso», escribe Aub en 1950 dirigiéndose a F. García Lorca y Miguel Hernández, «ahora hace poco más o menos once años que salió uno de España, donde estáis enterrados ... [O]nce años, y por persona decente. / Es decir, que si uno fuese un desvergonzado, un cínico, “*un deshonorat*”, ... entonces sí hubiese podido pisar esa tierra ...». (*Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 164).

³⁴ Véase Y. Shain, *The frontier of loyalty: political exiles in the age of the nation-state*, Middletown, Conn., Wesleyan University Press, 1989, pp. 59-61.

³⁵ Véase S. Faber, *Exile and cultural hegemony: spanish intellectuals in Mexico, 1939-1975*, Nashville, Tenn., Vanderbilt University Press, 2002, p. 100.



sin cortar los lazos *emocionales*³⁶. Como consecuencia, en el destierro la constancia asociada con la lealtad deja de ser orgánica y dinámica para volverse rígida y artificial. Y dado que los *objetos* de la lealtad, de los cuales el exiliado se encuentra separado, no dejan de evolucionar, es inevitable que, con el tiempo, la lealtad del exilio deje de corresponder a su objeto. Así, el compromiso con la causa republicana ya no era el mismo —ya no podía ser el mismo— en 1950 que en 1939, porque hacía once años que la República había desaparecido. De forma similar, la lealtad a España de un español que llevaba veinte años fuera del país, tenía ya poco que ver con la España real de 1959. Las lealtades, compromisos y fidelidades del exilio, pues, están condenados a petrificarse. Es más: en cierto sentido trágico están condenados a convertirse en su opuesto —la traición.

Así las cosas, la pureza moral a la que se aferran los exiliados cobra un aire patético, si no patológico. El imposible imperativo de la lealtad da pie a un comportamiento neurótico. Entre las neurosis más evidentes del exilio, destacaría cuatro. Primero, una tendencia a la rigidez ideológica —por otra parte, un síntoma típico de la comunidades exiliadas, como señala Shain³⁷— que, entre otras cosas, tiende a agudizar las divisiones internas (manifestadas, en el exilio republicano, en la rivalidad entre Prieto y Negrín, o los continuos conflictos entre comunistas y anticomunistas). En segundo lugar, tiende a adoptarse una actitud acusatoria o inquisitorial ante las muchas formas de comportamiento que se ven como «traiciones» a la causa. Así, relata Sánchez Vázquez que, entre los escritores exiliados, durante mucho tiempo «se consideraba una verdadera traición colaborar en una revista editada en España...»³⁸. Más de una vez, el propio Aub fue acusado de «traidor» por uno de sus mejores amigos, el comunista Francisco Álvarez³⁹. Tercero, los exiliados se aferran a una concepción del exilio que podría llamarse «ascética», asociándolo con nociones de pureza, abstinencia o desinterés. Así, por ejemplo, según Paulino Masip los desterrados estaban «[l]impios de toda culpa»⁴⁰; Juan Larrea afirmó que la Guerra Civil y el destierro produjeron una «sublimación de las esencias hispánicas» que despojó «al pueblo español de sus externas impurezas»⁴¹. A estas concepciones ascéticas del exilio les suele acompañar cierto complejo de superioridad, exagerando lo que tiene el exilio de sacrificio y sufrimiento⁴². En cuarto

³⁶ «Uno de los aspectos angustiosos del exilio», dice J. Shklar, «es que sus víctimas no son capaces de olvidar su antiguo hogar, ni descartar completamente los lazos que les ataban a él» (57).

³⁷ Y. Shain, *op. cit.*, pp. 39-40.

³⁸ A. Sánchez Vázquez, *op. cit.*, p. 224.

³⁹ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., pp. 185-86.

⁴⁰ P. Masip, *Cartas a un español emigrado*, México, D.F., Junta de Cultura Española, 1939, p. 16.

⁴¹ «Por un orden consciente», *España Peregrina*, vol. 1, n° 4 (1940), pp. 148-49.

⁴² Se percibe esta misma tendencia en los debates en torno al concepto de «exilio interior», que a veces se convierten en una curiosa rivalidad entre la España peregrina y los que se quedaron, en la que

lugar, es fácil que se dé una fetichización del sentimiento irracional de la *lealtad* —entendida como el sentimiento de comunidad tribal— a expensas de ataduras más racionales como el compromiso y la fidelidad. En efecto, como he argüido en otro lugar, una de las consecuencias de la guerra y del exilio fue un renacimiento entre la inteligencia republicana del nacionalismo cultural⁴³.

El dilema de la lealtad en la obra de Aub

No hay mejor lugar que la obra de Aub para encontrar ejemplos de estas neurosis. Ya hemos visto el caso de *Tránsito*, donde la inseguridad de Emilio se manifiesta como una seguridad fingida y la adopción de una superioridad moral. En «La verdadera historia de la muerte de Francisco Franco», Aub resalta las divisiones internas en la comunidad del exilio, y su afán de pureza ideológica —hasta tal punto que, por ejemplo, las diferentes facciones del Partido Socialista se niegan a dirigirse la palabra⁴⁴. En «La merced», el protagonista tiene una imagen hartamente deformada de su propia posición: sigue creyéndose anarquista cuando en verdad se ha convertido en patrón⁴⁵. En «Entierro de un gran editor», el narrador también asume una actitud de superioridad moral acusando al editor Gabriel Solá de haberse enriquecido a expensas de sus compañeros exiliados y, para colmo, de haberse convertido en franquista. Sin embargo, al igual que el caso de Emilio, esta superioridad moral resulta fingida y funciona para encubrir las inseguridades del propio acusador: al final del texto se revela que la acusación no sólo cae por su base, sino que probablemente estuviera motivada por envidia y celos⁴⁶. En las obras que tratan directamente del exilio, pues, Aub lo representa como una condición profundamente trágica, fundada sobre un imperativo ético imposible. Las ilusiones falsas y la retórica vacía son las únicas defensas que les quedan a los que lo sufren.

Como ya hemos señalado, el tema de la lealtad y de la traición informa, a nivel más general, casi toda la obra del exilio de Aub⁴⁷. En *San Juan*, Efraím es forzado a escoger entre su compromiso con el Partido Comunista, la lealtad tribal a la comunidad judía, y su fidelidad a su amante Raquel, quien le exige que se quede con ella en vez de huir con sus amigos comunistas para sumarse a la lucha española. Cuando Efraím por fin se decide a complacer a Raquel, su amigo comunista Leva lo acusa de traidor. Trágicamente, sin embargo, Efraím después le reprocha a Raquel el

cada campo se ufana de haber sufrido y sacrificado más que el otro (véase Naharro, «Des-lindes de exilio», en *El exilio de las Españas de 1939 en las Américas: ¿adónde fue la canción?*, Barcelona, Anthropos, 1991, pp. 32-35).

⁴³ S. Faber, *op. cit.*, pp. 39-51.

⁴⁴ M. Aub, *Enero sin nombre*, ed. cit., p. 414.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 405.

⁴⁶ *Ibid.*, pp. 457-58.

⁴⁷ Véase I. Soldevila Durante, *La obra narrativa de Max Aub*, Madrid, Gredos, 1973, p. 236.



haberle forzado a quedarse, resentimiento que acaba por destruir la relación amorosa⁴⁸. En *El puerto*, Andrés, un oficial francés, se ve en una encrucijada parecida: decide desterrarse por lealtad a su patria y fidelidad a sí mismo, aunque así traicione la fidelidad a su pareja y la obligación de obedecer a sus superiores:

Claudio.—¿Crees que vale la pena que te juegues la vida... por...?

Andrés.—Dilo. ¿Por qué?

Claudio.—Por el honor.

Andrés.—¿Crees que es ésa exactamente la palabra que querías decir?

Claudio.—No sé.

Andrés.—Si no fuese más que el honor, la palabra empeñada, lo más probable es que me tuviese que quedar en Francia. Al marcharme desobedezco las órdenes de mis superiores...

Claudio.—Si éstos traicionaron...

Andrés.—No hicieron más que obedecer las órdenes de sus superiores...

Claudio.—Tú dilo en broma.

Andrés.—No quieres llamar a las cosas por su nombre. Y eso que ése es tu oficio. No, Claudio, es otra cosa. Es... ser fiel, pongamos por ejemplo. Ser fiel para con uno mismo y para con los demás. Ser decente. Obedecer a algo que le sale a uno de dentro⁴⁹.

Además, como ya se ha señalado, el tema de la lealtad está presente en todo el *Laberinto mágico* —sobre todo en *Campo del moro* y *Campo de los almendros*, donde se representa el dramático final de la Guerra Civil ante el trasfondo existencial y político de la traición. El pueblo español, después de haber sido traicionado en 1936 por los militares rebeldes y el pacto de no intervención de las potencias occidentales, ahora es de nuevo traicionado: primero por Casado, Besteiro y Miaja; después por los propios líderes que huyen al extranjero sin haber preparado la evacuación de los demás⁵⁰; y, finalmente, una vez más por Occidente, que se niega a preocuparse por la suerte de los republicanos atrapados en la ratonera del puerto de Alicante⁵¹. Ante tanta traición, los personajes de estos dos *Campos* no pueden sino

⁴⁸ M. Aub, *Teatro completo*, ed. cit., pp. 381-82; 397-98.

⁴⁹ *Ibid.*, p. 851.

⁵⁰ «—¡Qué resistencia ni qué no resistencia! —dice Farnals ... —. ¡Mucho Negrín! ¡Mucho no pasarán! ¡Mucho morir de pie! Pero ellos, los enterados, a marcharse, a dejar en la estacada a quien sea. Todos esos que pasaron a Francia en enero ... ya están en América, o camino de allá. ... Y nosotros, aquí, jugando todavía a la resistencia y esperando los barcos que sobran allá» (*Campo de los almendros*, ed. cit., pp. 412-13)

⁵¹ «¿Qué le hubiese costado a Franco haberle dicho a Inglaterra, a Francia, a México: de acuerdo, manden tres barcos para que se vayan todos los que les dé la gana? Sin contar que así habían quedado.

concluir que el mundo es regido por la injusticia. Están en Alicante tan atónitos y desesperados como Job en su estercolero, preguntándose qué diablos han hecho para merecer esto⁵². «Creo que cumplimos con nuestro deber», dice el profesor José Burgos, «y esta terrible situación es nuestra injusta recompensa»⁵³. Vicente Dalmases no está tan seguro: «¿Qué ha sucedido? ¿Cómo ha sido posible? ¿Entra en cabeza humana que podamos perder la guerra? ¿Qué ha fallado? ¡Dios tiene la culpa! O nosotros. ¿No hemos hecho bastantes sacrificios, cometiendo falta sobre falta?»⁵⁴.

Contra este trágico decorado de la traición a escala histórica y existencial, los personajes de las dos novelas no paran de pensar y discutir sobre la lealtad y la traición a escala individual y política. Si el mundo es injusto y traidor, ¿cómo puede el individuo ser justo y leal? ¿Y cómo se define la traición? ¿Es un acto o un pensamiento? ¿Y cómo se mide? ¿Qué es lo que mueve a Casado y Besteiro a traicionar a la República? ¿Hay alguna justificación en sus actos —sea política o personal? Y si, desde algún punto de vista, su traición resultara lógica o comprensible, ¿ya no sería traición?

Como siempre en Aub, los muchos diálogos sobre el tema no apuntan a ninguna resolución, aunque sí logran introducir varias consideraciones y distinciones importantes. Para nuestros propósitos aquí, lo más interesante quizá sea lo que los personajes llegan a decir sobre la relación entre la lealtad y la constancia —tema, como hemos visto, de crucial importancia para los exiliados. ¿Tiene uno el derecho al cambio de opinión si las circunstancias también cambian? Y el cambio de opinión, ¿tiene que implicar un cambio en el curso de la acción? Al ugetista González Moreno, amigo de Besteiro pero leal a Negrín, se le hace un lío en la cabeza:

¿A qué huele la traición? Si se cambia de idea —de ideas— y por no traicionar se sigue sirviendo la causa a la que estás adscrito, ¿traicionas más si haces público tu desacuerdo? Tal vez. No se contesta, pone barreras a su pensamiento. Si se hiere a un enemigo por la espalda, ¿es traición? Traicionar: pasarse al enemigo. Basta con favorecerle. La traición no es el hecho en sí —miento— sino la razón que mueve a hacerlo. Judas, los treinta dineros. ¿Fue tan sencillo? ¿Es traicionar mantener sus

No. Aquí, a jodernos, a vengarse de sí mismo, de su propia traición para que, cuanto antes, queden menos testigos. Siempre fuimos así. El perdón lo es todo, hasta musulmán, pero no peninsular» (*Ibid.*, p. 676).

⁵² «Pilar, Rosario, las niñas», piensa desesperadamente Paulino Cuartero; «Pilar, sola, en París, sin dinero, desesperada. Y yo aquí. Señor, ¿qué pago? ¿A tanto montan mis culpas? Ten compasión de los míos. Yo sabré resistir lo que envíes sobre mis hombros»; y más tarde, «Nosotros —Dios me perdone— somos la justicia, hemos sido representantes de la justicia y vencidos. Fuimos conducidos al circo por los representantes de la ‘autoridad competente’ y seremos sacrificados, posiblemente, sin ánimo de diversión del pueblo ...» (*Ibid.*, pp. 549, 705).

⁵³ M. Aub, *Campo de los almendros*, ed. cit., p. 443.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 398.



ideas cuando están en contra de la situación creada por estas mismas ideas? ¿Traidores todos los políticos que fueron abandonando sus convencimientos primeros? Es negar la evolución, ser piedra. Si me enamoro de otra mujer ... ¿traicionaré a Julia? Sí. Pero si fuera —éste nuevo— un amor verdadero y por ser fiel a Julia, resistiera ¿no traicionaría a este nuevo amor? ¿Qué tiene que ver con Besteiro? Discuirlo. ¿Con quién? ¿Con Besteiro? ¿Va a verle? No. Dejarlo para mañana. Cuando es urgente, dejar las cosas para mañana ¿no es traicionar?⁵⁵

Éticamente, entran en tensión aquí dos interpretaciones opuestas del cambio de parecer en función de las circunstancias cambiadas. Por un lado, se propone una noción del pragmatismo como el opuesto negativo del idealismo —el pragmatismo concebido como oportunismo, como un proceder en provecho propio, característico de los políticos y otros sinvergüenzas. Por otro lado, se propone una noción del pragmatismo como la victoria del sentido común sobre la tozudez del que no está dispuesto a admitir que se ha equivocado. Para los partidarios de Casado, la tozudez alevosa de Negrín hunde a la República, ya que el primer ministro no está dispuesto a admitir lo inevitable de la derrota: Casado afirma en efecto que se niega a «seguir a las órdenes de un gobierno que desoyendo los consejos de todos sus asesores militares y jefes de ejército se empeña en una guerra imposible»⁵⁶. Para los partidarios de Negrín, en cambio, lo que hunde a la República es el oportunismo traidor de Casado, cuya rebelión constituye una mancha sobre tres años de resistencia heroica.

Y ahí no acaba la complejidad del asunto. Está, además, la responsabilidad del líder ante sus seguidores —los que se han declarado fieles o leales a lo que el líder representa—; y la importancia de la palabra dada que, por razones de honor, debería prevalecer sobre cualquier cambio de circunstancias. El ejemplo amoroso que da González Moreno va al meollo del asunto. Si, en última instancia, lo más importante es ser fiel consigo mismo, ¿qué se debe hacer si ese *yo* a que se es fiel cambia enamorándose de otra persona? Debe uno entonces seguir fiel al *yo que fui* —y, así, al viejo amor— o al *yo que soy* —es decir, al amor nuevo?

El motivo de la traición amorosa como modelo de traición política reaparece poco después en relación con Vicente Dalmases. Vicente, comunista leal y ejemplar, sin embargo engaña con Lola a Asunción, el amor de su vida. El propio Vicente no se explica por qué —«¿Cómo se había dejado arrastrar, él, tan firme en mantener su decisiones ...?»— y no sabe cómo afrontar las consecuencias de su propia bajeza: «¿Se lo dirá o no? ¿Comprenderá que nada tiene que ver con el amor que siente por

⁵⁵ M. Aub, *Campo del moro*, ed. cit., p. 74.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 72.

ella? Otra, tal vez. Asunción, no. ... ¿Cómo no delatarse? No es cuestión de razón sino de respeto humano. El gusano del desconsuelo le roe las entrañas»⁵⁷.

Mientras tanto, González Moreno, socialista fiel y solidario, discute el tema con el médico Julián Templado, uno de los personajes más escépticos e individualistas del *Laberinto mágico*:

—Este traidor de Casado, más traidor que...

—¿Hay quien traiciona más o menos? No es cuestión de matices ni de grados, ni de ropajes. ¿Miaja, por ser adicto al gobierno hasta ayer, más o menos traidor que Casado que preparó el golpe? ¿Traidor Negrín por no haber muerto aquí como suponía y supusimos al verle llegar?

—Bonita frase. A ver qué haces con ella. Para un político no hay más pasado que el presente. Se debe a lo que tiene que resolver en el momento. Si lo lleva a cabo según su convicción no hay traición posible. Si, por lo que sea, resuelve lo contrario, traiciona. Para quien tiene el poder en la mano, o para quien quiere conseguirlo, el pasado no cuenta y, si mucho me apuras, ni siquiera el futuro, que nace cada día según la obra del anterior.

—Pero, la honradez...

—La honradez está precisamente en hacer lo que se cree que se debe hacer teniendo en cuenta las circunstancias en el preciso momento de hacerlo. Lo demás es literatura⁵⁸.

Sobre el comportamiento de Besteiro, dice Templado: «Me resisto a creer que Besteiro sea un insensato». «Insensato, no», le contesta González; «traidor, sí». Pero Templado se niega a aceptar una etiqueta acusatoria tan sencilla:

—¿De qué te sirve emplear vocablos sin vuelta de hoja? Tampoco es verdad. A menos que lo sea seguir en la misma línea. Besteiro estuvo siempre donde está. No ha variado de opinión.

—Pero callaba.

—Porque se sabía en minoría.

—¿Ahora no?

—Sería cosa de discutir y no acabar⁵⁹.

En la obra de Aub, la fidelidad consigo mismo, el «seguir donde se está», surge como un criterio de gran importancia para comprender, justificar o defender actos o posturas que, a primera vista, podrían considerarse traidores. El mismo argumento de la fidelidad consigo mismo lo emplean, en *Campo de los almendros*,

⁵⁷ *Ibid.*, pp. 82-83.

⁵⁸ *Ibid.*, p. 157.

⁵⁹ *Ibid.*, pp. 155-56.



Paco Ferrís y Julián Templado para explicar por qué no se afilian al Partido Comunista, y para negar que por eso sean «traidores», como les aseguran los comunistas. En una conversación con Vicente, dice Ferrís:

[N]o he ingresado ni ingresaré nunca en el Partido ... porque no sabéis lo que es la amistad. ... Muchas bromas y confianzas, muchos abrazos y palmadas en los hombros, mucho cantar y comer juntos mientras estáis de acuerdo, mientras obedecéis, mientras os dejáis llevar por la corriente. Pero en el momento en que ... muestras tu inconformidad con la «línea siempre justa del Partido», se acabó todo; hace fin y termina. ...

—¿No es normal?

—Para ti, tal vez: para mí, monstruoso. Ten en cuenta que no hablo de gentes sólo reunidas al azar de un comité, una tenida, una célula, una reunión, sino de amigos. De amigos verdaderos, de toda la vida, es decir, de toda la juventud. Este sentir inhumano me aparta de vosotros. ...

—No te lo niego.

—¿Y no te parece mal?

—No.

—Entonces, ¿qué es ser hombre? Si las ideas pueden más que la amistad, yo renuncio⁶⁰.

Más tarde, escribirá Ferrís en su cuaderno que los comunistas no le perdonan su «falta de “militancia”» y le reprochan «no entregar[se] del todo». Pero —se pregunta— «¿Qué es entregarse? ¿Tengo que falsearme? ¿Tengo que hacer lo que no parece justo en vista del fin? ... ¿Vale la pena sacrificar su propia manera de ser por una ortodoxia aunque se sepa que ésta no es sino aproximación de lo que se considera justo?»⁶¹. De la misma manera, cuando Vicente acusa a Templado de «traidor» porque éste se confiesa uno de «los indecisos de buena fe, los dubitativos, los hipotéticos», Templado replica: «Para ser traidor, jovenzuelo, hubiese debido ser infiel a mis ideas; así pensé siempre»⁶².

Aparte de la fidelidad consigo mismo, el segundo criterio mayor que surge para clasificar un acto determinado como traición o lealtad es el *interés* o *provecho* que se deriva de él. Para que un acto se clasifique de traición —mantiene Ramón Bonifaz— tiene que haber ganancia personal. «¿Qué es eso de traicionar?» le

⁶⁰ M. Aub, *Campo de los almendros*, ed. cit., pp. 212-13.

⁶¹ *Ibid.*, pp. 664-65.

⁶² *Ibid.*, pp. 448-49. Curiosamente, los argumentos de Ferrís y Templado repiten, a veces literalmente, los muchos pasajes en el mismo sentido de los diarios de Aub, donde se defiende ante la crítica de sus amigos comunistas exiliados, en particular Francisco Álvarez. En lo que dice Ferrís, pues, se vuelve a demostrar la estrecha relación que hay entre el contenido de los *Campos* y la vida de exiliado de Aub.

pregunta a Moisés Gamboa; «¿Qué quiere decir? Ser fiel a sí mismo ¿es traicionar? Ser infiel a una causa en la cual ya no se cree ¿es traicionar?»:

No: el quid está en el provecho. Una misma cosa hecha con fines crematísticos, en vista de cualquier beneficio personal o para salvar el alma, es traición o lealtad. ... Librar de un riesgo a un enemigo, por remuneración, está mal: por salvar su vida, puede estar bien. No hablo de dos personas distintas: de la misma. Es decir: si fulano hace pasar la frontera a zutano y por ello recibe equis miles de pesetas, es un traidor. Si lo hace por amor al arte o a la ética —tanto montan— puede no serlo.

—Y si el aprovechado remite las equis miles de pesetas a la caja de su Organización para los fines específicos de la misma, ¿es traidor?

—No, porque no obra en provecho propio.

—Así que, el traicionar depende de si se cobra o no.

—Así sea infinitesimal el sueldo o el provecho, del tipo que sea. ... ¿Qué político no traiciona? A sí, a los demás. Sin eso, el mundo no adelantaría, estaríamos donde siempre estuvimos. ¿Traicionó Bonaparte a la revolución? ¿Traicionó Lutero? ¿Traicionó Isabel la Católica? ¿Traicionó Julio César? ¿Traicionó Bruto? La historia de la evolución, del progreso, es una larga historia de traiciones, la historia misma de la traición, ... (264-265)

Como se ve, Bonifaz llega a la misma conclusión paradójica que González Moreno: que, en cierto sentido, la traición de sí mismo y de los demás es la base de la evolución y del progreso.

De esta manera, sin embargo, se socava la plataforma moral desde la cual cabe juzgar la traición como un mal absoluto, o ni siquiera como traición. En efecto, el problema fundamental de los personajes de Aub es que no logran encontrar una posición moral que les permita determinar claramente qué es lo que constituyen la lealtad y la traición. Su necesidad *política* de clasificar a Franco, Casado o Besteiro de traidores sin vuelta de hoja se atasca en un pantano de problemas éticos y existenciales de difícil resolución. Acusar a alguien de traidor sólo es posible si uno se niega a ponerse en su lugar e intentar comprender su motivación. Al final de *Campo del moro*, Vicente reflexiona sobre Casado y sus compinches:

Farsantes. ¿A quién engañan? A ellos, ciegos, perdiendo lo más. ¿A quiénes jugaron esa treta? Nos vendieron. ¿Por un plato de lentejas? ¡Ca! Por nada, por menos que nada, fascinados. ¿Por qué? Por codicia, desde luego no. ¿Por salvar el propio pellejo? Los que urdieron la trampa pudieron ponerse a buen recaudo sin recurrir a ella. ¿Por usurpar el poder? ¿Qué poder, si lo han tirado en el cieno, y lo han de dejar y no se les puede ocultar? ¿Por odio personal hacia los que querían lo mismo que ellos aunque fuese por otros caminos? Sí. Y es lo peor. Y la envidia. ¿Por envidia? Quizá.

No: por odio personal, por creerse más competentes que los otros. Por lo más bajo. Por estar en lo cierto: por creer estar en ello. ¿Hay que jugarse la vida —y la de los demás— por creer estar en lo cierto? Vicente desecha la idea que —lo prevé— le llevaría quizá a justificar a sus contrarios. ¡Si sólo fueran en ello sus vidas o las de los demás! No: es Madrid ...⁶³

Una vez que se acepta que la actuación del traidor puede obedecer a una lógica interna, la acusación cae por su base. Porque, como se pregunta Vicente, ¿se puede traicionar creyendo estar en lo cierto? ¿Ser leal significa ignorar lo que le dicta a uno la conciencia y el sentido común? ¿Y cómo distinguir la fidelidad a sí mismo, o el seguir los dictados de la propia conciencia, de la intransigencia porque sí? Para Templado, el llamado «carácter entero» de los españoles no es más que la incapacidad de decir «me he equivocado»: «Que la verdad no importa sino el tesón ... Aquí lo hacemos todo menos dar nuestro brazo a torcer, y lo tuerce siempre el más fuerte»⁶⁴.

Lo que finalmente dificulta el juzgar a los demás como traidores es que, bien mirado, nadie está libre de culpa. ¿Quién tira la primera piedra? «¿[Q]uién no es el traidor de alguien?», se pregunta Templado⁶⁵. Vicente, al final del *Campo del moro*, se encuentra en la misma aporía moral, cuando, desesperado, empieza a darse cuenta que la traición es un mal que afecta e infecta a absolutamente todos:

Traidores todos: los republicanos, los anarquistas, los socialistas; ni qué decir tiene: los fascistas, los conservadores, los liberales; traidores todos, traidor, el mundo. Si el mundo es traidor, nadie lo es. Pero lo son: Casado, Besteiro, Mera, el padre de Lola, yo. Traidor yo a Asunción. Todos traidores. Unos por haberlo hecho con pleno conocimiento de causa, otros por haberse dejado arrastrar, traidores por cobardía, por dejadez, por imbéciles, por ciegos, por sordos, por callados. Traidores por desesperanza, indiferencia, saciedad, conveniencia; por vileza, por humildad —¿por humildad?—. Sí. Por envidia, por celos, por aborrecimiento, por pequeños, por cursis; por amargor, ofuscación, prejuicios; por tontos, necios, ingeniosos; traidores por instinto, por distracción, por error, por sobra de imaginación, por incredulidad, por imprevisión, por ignorancia, por inexpertos, por salvajes, por dejarse llevar por la ocasión, por cálculo y falsos cálculos, por miedo. Por dejar en el atolladero a los demás, por salvar el pellejo, por creerlo conveniente; por incomprensión, por confusos —traidores por aproximación—, por fútiles, por medianos, por mediocres, por la fama, la oportunidad, la importancia que les dará⁶⁶.

⁶³ M. Aub, *Campo del moro*, ed. cit., p. 307.

⁶⁴ M. Aub, *Campo de los almendros*, ed. cit. p. 324.

⁶⁵ M. Aub, *Campo del moro*, ed. cit., p. 208.

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 313-14.

Ahora bien, en un mundo así, ya no cabe conducta ética; una vez aceptada la idea de que vivir es traicionar, sólo cabe entregarse de lleno a la traición. A esta conclusión, al menos, llegan Julián Templado y Paco Ferrís, en cierto sentido los personajes más inteligentes y menos escrupulosos de *Campo del moro* y *Campo de los almendros*. Para ellos, la única forma de protesta ante el destino traidor es la propia traición —de sí mismo y de lo demás— como acto consciente y determinado. Para Templado, la traición se convierte en el acto sublime en el cual el individuo se revela a sí mismo, aunque al mismo tiempo se destruya: «Sólo la traición puede afirmar a un hombre en lo suyo», piensa; «Sólo traicionando puede uno verse desde fuera. Si se sigue siendo el que se es no hay manera de ver. Casado quiere ver quién es, por eso traiciona. Sólo los remordimientos le dan a uno su dimensión. Su dimensión de porquería, pero su medida»⁶⁷. Y Ferrís apunta en su cuaderno:

Me duele físicamente ser vencido. ¿Cómo tomar venganza de la derrota? ¿A quién traicionar? Traicionarme, ¿cómo? Hacer lo que jamás quise. No. Sería heroico. Ser, de verdad, hijo de puta: denunciar, herir... Hacer daño, por gusto de hacerlo. Ir más allá de la denuncia. Mentir. Con cuidado, pero mentir; acusar, inventar males ajenos. Que paguen lo que no han hecho; que descubran, no de una vez, lo que es el mundo, y, en ningún momento, en provecho propio⁶⁸.

Como siempre, pues, los diálogos de Aub logran exponer en detalle los diferentes puntos de vista sin que se llegue a una conclusión determinada⁶⁹. Desde luego, el propio Aub se inclina más por una postura que por otra. Por más elementos autobiográficos que tengan los personajes de Templado y Ferrís, Aub acaba por rechazar su solipsismo, su falta de sentimiento de solidaridad y su correspondiente nihilismo moral. Sin embargo, este rechazo no le impide explorar este callejón sin salida del escepticismo. Esta debilidad de Aub como político es su fuerza como escritor. Literariamente no es capaz de privilegiar su propia posición política: «[I]deológicamente, ¡yo estoy de acuerdo! Pero mi cochina condición de escritor no me deja»⁷⁰.

La superación del dilema

Pues bien, argüiría que es esta misma condición de escritor —asumida de forma consciente y entusiasta— la que le permite a Aub superar el dilema de la lealtad del exilio a nivel personal y convertirse en lo que he llamado la «conciencia

⁶⁷ *Ibid.*, p. 210.

⁶⁸ M. Aub, *Campo de los almendros*, ed. cit., p. 663.

⁶⁹ Véase I. Soldevila Durante, *op. cit.*, pp. 222-24.

⁷⁰ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 222.



del exilio». Aub supera el dilema convirtiendo su obra en una larga reflexión sobre el mismo, y convirtiéndolo en un espacio dialógico ejemplar que al mismo tiempo cuestiona y expresa la condición del exilio como un profundo compromiso político. Para entender en más detalle cómo se realiza esta superación, es necesario volver brevemente a las distinciones propuestas por Shklar.

Al igual que la mayoría de sus compañeros desterrados, Aub rechaza la *obligación* —el deber legal ante el Estado franquista— sin pensarlo dos veces. De todos modos, es bien conocida la poca confianza que le inspiran los sistemas legales burocráticos; y es notorio su odio a las policías. Ahora bien, donde Aub se distingue de muchos de sus compañeros exiliados es en su rechazo de la *lealtad* —el sentimiento irracional de comunidad, la pasión tribal—, sobre todo en sus manifestaciones nacionalistas⁷¹. Como ya se ha señalado, muchos otros intelectuales, en reacción al trauma de la derrota y el destierro, echan mano de una retórica grandilocuente que exalta a España en términos hartamente chovinistas. Aub se mantiene lejos de este tipo de discurso.

Para comprender esta inmunidad de Aub ante las tentaciones del nacionalismo —«hech bronca de la época»⁷²— es importante tener en cuenta su fundamental ex-centricidad. Si Aub no siente pasión tribal es precisamente porque, en verdad, no tiene tribu. Aunque se consideraba español, su españolidad era consciente, elegida⁷³: en términos de Shklar, se trataba menos de una lealtad que de un compromiso. Aub nunca olvidaba que no era español de nacimiento. ¿Cómo olvidarlo, si su entorno se lo recordaba continuamente, siempre tratándole con sospecha? «¡Qué daño no me ha hecho, en nuestro mundo cerrado, el no ser de ninguna parte!», escribió en 1945; «¿Qué soy?», se pregunta once años después: «¿Alemania, francés, español, mexicano? ¿Qué soy? Nada. ¿De quién la culpa? ¿Cómo culparme? Y, sin embargo, latente, esa punzadura, ese veredicto: culpable»⁷⁴. Cuando en 1939 muchos de sus amigos están preparando la salida para América sin contar con él, Aub lo achaca a que siguen viéndole como extranjero⁷⁵. Sobre su generación de dramaturgos, dice: «[S]iempre ... me tuvieron aparte. La razón es demasiado sencilla: ¿cómo iba a ser su igual a ellos, la mayoría andaluces, ese francés medio alemán?»⁷⁶. Y es que, como indica Shklar, a pesar de la buena prensa que tiene la lealtad étnica o nacional, su rasgo fundamental es que se basa en el principio de la

⁷¹ «Aub, que se proclamó siempre español, nunca cayó en la pobretería del nacionalismo de vuelo raso» (F. Caudet, *op. cit.*, p. 10).

⁷² M. Aub, *Diarios 1939-1972*, ed. cit., p. 129.

⁷³ Véase M. Tuñón de Lara, *op. cit.*, p. 12.

⁷⁴ M. Aub, *Diarios 1939-1972*, ed. cit., pp. 128-29, 273.

⁷⁵ *Ibid.*, p. 487.

⁷⁶ *Ibid.*, p. 477.

exclusión⁷⁷. Para Aub, víctima de ella, y más consciente que nadie de que la nacionalidad se reducía en el fondo a un pedazo de papel, esta exclusión era ridícula y deplorable. Como dice el cuervo Jacobo: «A veces los internados cambian de nacionalidad sin comerlo ni beberlo. Se duermen polacos y se despiertan rusos. ...Misterios de las fronteras y de los pactos»⁷⁸. Su patria era España, sí; pero su pueblo, «el mundo»⁷⁹.

Ahora bien, descartadas la obligación legal y la lealtad tribal, el sentido moral de Aub se fundamenta en las dos formas más racionales y conscientes de la lealtad: su *compromiso* político y la *fidelidad* a los amigos y a sí mismo. Claro que también es fácil que el compromiso y la fidelidad entren en conflicto; pero para Aub estaban estrechamente vinculados. Para él, la fidelidad, como principio de decencia y solidaridad humana, era parte inextricable de su postura política general, su compromiso con lo que podría llamarse «la humanidad del hombre a la escala del hombre»⁸⁰, del cual su compromiso con la República sólo constituía una instancia determinada⁸¹. De ahí que le molestara tanto que sus amigos comunistas distinguieran entre la fidelidad a los amigos y el compromiso con el Partido, y estuvieran muchas veces dispuestos a sacrificar aquélla por éste. Para Aub, en cambio, el compromiso sin fidelidad no valía la pena, como tampoco la fidelidad sin el compromiso.

Esta postura moral, que rechaza la obligación estatal al mismo tiempo que se niega a convertir en fetiche las ataduras tribales y exclusivistas, es un elemento clave para entender la posición peculiar de Aub dentro de la comunidad desterrada. Es una posición que le permite superar el dilema de la lealtad y asumir, a través de su

⁷⁷ J. Shklar, *op. cit.*, pp. 53-54.

⁷⁸ M. Aub, *Enero sin nombre*, ed. cit., p. 222.

⁷⁹ M. Aub, *Diarios 1939-1972*, ed. cit., p. 130.

⁸⁰ Afirma M. Tuñón de Lara: «a despecho de su humor, a veces ácido, no se instala en la postura cómoda del crítico por definición. Max Aub ha tomado partido. No lo oculta: ha tomado el partido del hombre, de la dignidad de la persona humana» (*op. cit.*, p. 26-27).

⁸¹ La preocupación por el «hombre de carne y hueso» es también la base de la «tercera vía» aubiana, que se niega a escoger entre el comunismo soviético y el capitalismo norteamericano. Como dice el personaje Hermann en *No*: «Ajáis con desenvoltura, pisoteando con soberbia cualquier intento de convivencia, convencidos de vuestra inatacable superioridad: aquí con la bomba atómica, allá con tanques y artillería; olvidándose del hombre, que no cuenta; para los comunistas, que lo sacrifican sin piedad al establecimiento de un mundo más justo; intelectuales al servicio ciego de una idea; que no cuenta para los norteamericanos, que lo transforman en un puñado de dólares, mayor o menor según el color de su piel ...; como una mercadería, lo que es, quizá, todavía más asqueroso» (*Teatro completo*, ed. cit., p. 715). En *Discurso de la Plaza de la Concordia*, el Gran Mentacato les dice a Truman y Stalin: «Habéis olvidado el hombre por la sociedad, o por las sociedades anónimas y las enormes empresas. Os habéis desacordado del tamaño. Planes quinquenales, cuando la medida del hombre es, cuanto más, la semana. ... A gran distancia, todos somos iguales y todos se confunden. La vista, el oído del hombre tienen un límite, y os movéis fuera de él» (*Ibid.*, p. 793).

escritura, el papel de «conciencia del exilio» —papel que se ha tendido a atribuir, a mi juicio equivocadamente, a Francisco Ayala o León Felipe⁸².

Otro elemento clave en este sentido es la función que tiene para Aub la misma práctica de la escritura. Como hemos visto, su narrativa y teatro le sirven en primer lugar como espacio de reflexión sobre el dilema de la lealtad que aflige a todos los exiliados. Al mismo tiempo, sin embargo, la escritura constituye el testimonio de su propia fidelidad y compromiso. Sólo escribiendo puede Aub ser fiel —a sus amigos y a sí mismo— y mantener su compromiso político con la causa republicana. «Salí de España por no callar —porque esa es mi manera de combatir, porque mi profesión es la de escritor— y no callaré mi verdad», escribía en 1952; «[N]o me callaré hasta que muera»⁸³.

Escribir para Aub significa ser fiel a sí mismo y, por tanto, no ceder a las modas literarias o políticas, ni siquiera si implica renunciar al éxito⁸⁴. Esto es, escribir significa ser fiel a la verdad —su verdad— y negarse a torcerla por motivos de

⁸² León Felipe, aunque se convirtió en el icono de la probidad moral del exilio, es en última instancia demasiado ingenuo e «inconsciente» como para convertirse en «conciencia del exilio». A F. Ayala, por otra parte, se le ha acusado, no sin razón, de oportunista. Y a pesar de que, como M. Aub, rechaza el nacionalismo cerrado, no siempre ha sabido resistir la tentación del nacionalismo cultural (por ejemplo en *Razón del mundo*). En segundo lugar, Ayala cae en la tentación orteguiana de concebir su propio papel en términos claramente ascéticos y conectarlo así con una pretensión de superioridad moral. Tanto *Razón del mundo* como «Para quién escribimos nosotros», por ejemplo, exaltan los ideales del sacrificio y del desinterés, que para Ayala son definitorios, al mismo tiempo, de España y del auténtico intelectual. Así como Aub, Ayala mantiene que el único compromiso que tiene el intelectual es con la verdad; pero si en Aub esta creencia lleva a una postura solidaria y abierta, en Ayala lleva, en última instancia, al aislamiento: para el escritor granadino, el intelectual es un «anacoreta», es decir, un ser antisocial. Irónicamente, como ha señalado J. L. Villacañas, esta concepción solitaria del intelectual también le permite a Ayala desvincularse de la comunidad exiliada (J. L. Villacañas Berlanga, «Abandonando toda apariencia de equipo: acerca de un episodio de la correspondencia entre Max Aub y Francisco Ayala», ponencia pronunciada en el curso de verano «Max Aub y Manuel Tuñón de Lara», Biblioteca Valenciana, 17 de julio de 2001). Véase también S. Faber, *op. cit.*, pp. 171-75.

⁸³ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., pp. 224-25.

⁸⁴ Afirma M. Aub: «Es evidente que nadie escribe para sí. Y si lo hace, no cuenta: tanto da que calle. / Aceptando que se escribe para los demás es difícil zafarse —por lo menos en mi caso— de establecer que lo hace uno en vista de coayudar al establecimiento de un mundo más justo. Dejando aparte la vanidad, que tiene lo suyo, pero que no es motivo fundamental. La prueba más evidente es mi poquísimo éxito, la nula repercusión de lo que escribo, y que no me molesta, aunque lo sienta. / A esto oponen los comunistas que si yo escribiera para el pueblo, es decir para la URSS y el comunismo, mi éxito sería mucho mayor. No lo dudo. / Ahora bien, mi sentimiento es que, por ahora, de lo único que puedo servir es de punto de referencia, de fuente para la historia, de espejo fiel, en lo que cabe. Como es natural hay algo en mi formación que me impide reflejar [más que] una sola faceta de la realidad, de la pequeña realidad que yo alcanzo con mis sentimientos. Y a ella me aferro, sintiendo mucho más de lo que digo la pérdida de resonancia que daría a mis escritos el adscribirme a una facción» (J. Rodríguez Plaza y A. Herrera, *Antología de relatos y prosas breves de Max Aub*, México, D.F., UAM, 1993, p. 58).

conveniencia política. En un pasaje de su diario dirigido a sus amigos comunistas — que se indignaban porque Aub se había atrevido a criticarlos y a incluir aspectos negativos en sus descripciones del campo republicano— afirma que, una vez perdida la guerra, ningún arma es «tan potente, a la larga, como la verdad»⁸⁵.

A pesar de que Aub siempre tiene cuidado de relativizar su pretensión de verdad, reconociendo los límites de su punto de vista, hay que destacar hasta qué punto, para Aub, la ficción y el teatro le ayudan a trascender estos límites. Lo que distingue a la obra de Aub —como ya se ha dicho muchas veces— es la importancia del diálogo: el hecho de que sus novelas y obras teatrales sirven como espacios de discusión en que se expresan múltiples puntos de vista sin apenas privilegiar ninguno de ellos. A pesar de la intensidad de sus propias convicciones, Aub nunca deja que éstas cierren el universo ideológico de sus textos; siempre incluye a personajes que, de forma perfectamente coherente, discrepan de él. En este sentido, los autores implícitos de Aub son ejemplos de tolerancia. Y es que pocos comprendieron mejor que Aub la gran fuerza ética de la ficción: el que la ficción le permite al autor —y en cierto sentido hasta le obliga— a «salirse de sí mismo» y «meterse en la piel del otro»; y, por tanto, la obligación de respetar al otro aunque discrepe de él⁸⁶. Como decía en sus diarios: «Lucho hasta más no poder por salirme de mí mismo. A veces no puedo; otras, sí. Y entonces acierto»⁸⁷.

Por otra parte, si para Aub el escribir significa *no callar la verdad*, también significa *no olvidar la verdad histórica reprimida*. Lo que distingue a Aub del exiliado típico, enquistado en el pasado, es su visión dinámica de éste, que siempre entra en relación con la actualidad. En su diario, arguye precisamente que para un exiliado de la Guerra Civil el pasado nunca deja de ser presente:

Para un norteamericano —o un inglés o un francés— el tiempo pasado es el tiempo pasado, normalmente caído atrás, ceniza sobre la que se puede andar sin quemarse, no para los españoles de mi edad; el pasado presente, nueva declinación y si no nueva, particular. No se trata de los recuerdos personales sino de los colectivos, de historia presente, a todas horas⁸⁸.

⁸⁵ *Ibid.*

⁸⁶ Afirma M. Tuñón de Lara al respecto, que Aub presenta al «hombre por dentro y por fuera, ni ángel ni demonio, sino humano. No deja de ser interesante que un escritor que, como Max Aub, tomó partido sin equívocos, que tiene a gala en vida y obra no estar *au dessus de la mêlée*, no ha creado nunca 'buenos' y 'malos'»; «Sin duda, tercia con su opinión en más de dos o de tres ocasiones; liberal hasta los huesos, expone las de todos y no impone ninguna al lector» (*op. cit.*, pp. 26-27).

⁸⁷ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 119.

⁸⁸ J. Rodríguez Plaza, *op. cit.*, p. 47.



Epílogo

Ahora bien, si la obra del exilio de Aub constituye una lección moral para la comunidad exiliada, ahí no acaba su significado ni su ejemplaridad. Al convertir su escritura en un espacio donde conviven, por un lado, el compromiso y la fidelidad y, por otro, la tolerancia, en que se conjugan la apertura dialógica y la constancia moral, en que se concibe el compromiso con las luchas políticas del presente desde la vigencia que todavía tienen las luchas del pasado —¿no sigue constituyendo una lección moral para nosotros también?

A mi modo de ver las cosas, la obra de Aub, en tanto reflexión y ejemplo éticos, también nos obliga a preguntarnos en qué consiste nuestro compromiso con el pasado y nuestra fidelidad a él, en particular al múltiple legado cultural y político de la Segunda República. ¿Hasta qué punto las circunstancias históricas modifican e influyen este compromiso y esta fidelidad? ¿La transición española a la democracia y la relativa normalización de su vida política, además del derrumbe del comunismo soviético, también significan que la recuperación del exilio puede o debe reducirse al campo «puramente» cultural sin impacto político inmediato? ¿Significan que ya sólo puede reivindicarse a Aub como gran escritor, pero no como gran escritor de izquierdas? O, por poner un ejemplo concreto, ¿es posible serle fiel a Aub sin que afecte la posición de uno ante, por ejemplo, la política norteamericana actual?

Sin contestar esta pregunta directamente, quisiera terminar con algunos pasajes aubianos que me parecen significativos a la luz del momento histórico que estamos viviendo:

Una guerra debiera resolver siempre un problema. Lo curioso es que, generalmente, no lo resuelve más que por la destrucción⁸⁹.

Se da el caso de que, no siendo Norteamérica partidaria de las dictaduras reaccionarias, son las únicas que apoya y que lo apoyan. Ese juego es tan imbécil que parece mentira que no salte a la vista. Se enajenan las simpatías de todos los liberales. Les escocerá. No hay duda de que si, al contrario, hubiesen practicado una política liberal —de apoyo a los liberales de todos los países— tendrían hoy una bandera limpia y una fuerza mucho mayor⁹⁰.

El nombre de la paz ha reemplazado al de Dios. Todo se hace en su nombre, hasta la guerra. Al grito de «¡No matarás!», no se deja títere con cabeza. Al de «¡Paz, paz y paz!», vais a asolar la tierra⁹¹.

⁸⁹ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 147.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 163.

⁹¹ M. Aub, *Teatro completo*, ed. cit., p. 798.

[A Truman:] Ya todo es secreto, o va camino de serlo, en su fabril y febril país. Ya todo es defensa, armarse contra el temor, encerrándose en fortalezas idénticas a las de la Edad Media, ... Todo es parapetarse, aprestarse a la defensa, encerrados, vigilando las entradas, registrando a diestro y siniestro, por si acaso. ... ¡Que no entre nadie, ni buenos, ni malos, no sea que se deslice el coco! ... Ya nadie duerme tranquilo. ... [D]esaparecido oficialmente el comunismo, quedará, por siempre, su miedo. Y así no se puede vivir. Y de miedo se muere, se muere de muerte negra, con la sangre negra. Y se va, derecho, al fascismo. ... ¡Todos policías, todos delatores! ... Señor Truman, ¿puede usted mirar frente a frente, los ojos en los ojos, el retrato de Lincoln? No⁹².

Francamente, no entiendo la política de los Estados Unidos. Asusta pensar que una fuerza tan brutal esté quizá al servicio de unos bobos⁹³.

⁹² *Ibid.*, pp. 801-03.

⁹³ M. Aub, *Diarios 1939-1952*, ed. cit., p. 145.